

la sociedad es esencialmente religiosa; y decir *Estado é Iglesia independientes* sin punto de contacto y en completa exision, equivale á decir: sociedad que no es sociedad, Iglesia que no es Iglesia, puesto que Iglesia es sociedad religiosa.

Esto es tan verdadero, que está, como ya marcamos arriba, en la constitucion del género humano y en la creencia universal de los pueblos, segun la observacion históricofilosófica de Plutarco que dejamos citada, y que puede cualquiera corroborar con la simple lectura de la historia universal, desde el célebre discurso del grande Bossuet hasta la que acaba de escribir en nuestros dias el celebre Cesar Cantú. Y nótese de paso, que es antifilosófico, antipolítico y antisocial pugnar contra lo que ha existido en todos los tiempos y en todos los pueblos; y que no es cordura, ni progreso, ni civilizacion empeñarse en legislar contra la esencia misma del hombre: y tal es, sin duda, la base en que estriba la pretendida reforma que se quiere colocar como ley constitucional para Méjico.

VI.

Pasemos ya á examinar la cuestion de *libertad de cultos y tolerancia religiosa* que se ha proclamado como una conquista de la época y como un gran paso de progreso dado en la civilizacion. Esta cuestion puede ventilarse en el terreno puramente filosófico y en el terreno histórico legal entre nosotros. Bajo el primer aspecto lo tratamos otra vez en 1847 en un Opúsculo intitulado: "Exámen filosófico sobre la tolerancia religiosa" que se publicó en el periódico *La voz de la Religion*; en donde tambien se publicaron muchedumbre de escritos contra la tolerancia de cultos que se pretendía imponer al pais en aquella época; y sin duda que en el archivo del Congreso deben existir las innumerables representaciones que de todo el pais afluyeron y

se dirijieron á aquel Congreso constituyente, pidiendo la conservacion de la unidad católica de la nacion. De dicho *Examen filosófico* extraerémos aquí lo mas conducente al asunto que hoy nos ocupa. Sentado allí la definicion de *tolerancia* que siempre significa el sufrimiento de un mal, y sus especies de *permisiva ó negativa* que solo sufre pero no da derecho ni impone penas; la de *aprobativa ó positiva* que da derecho é impone penas á quien la impide; la idea de Religion que entraña, como arriba dijimos, la naturaleza moral del hombre y sus relaciones con Dios; la idea de verdad y de error con la necesidad y utilidad de la primera y lo perjudicial y destructivo del segundo; hecha en seguida la comparacion de estos conceptos y presentada de lleno la monstruosidad que entraña tolerar la verdad como se tolera el mal, y tolerar el error con tolerancia que protege y da derecho, y puesto en evidencia lo absurdo del tolerantismo religioso; pasando luego á aplicarlo á la sociedad, deciamos entonces: "Vano sería para nuestro propósito cansarse, buscando en los publicistas el origen de la sociedad, su naturaleza y su definicion. Bástanos saber, que entre los tres atributos generales y comunes á todo ser, que le corresponden necesariamente por su propia esencia, y los que por lo mismo no pueden faltar á la sociedad sopena de que ella tambien falte: el primero es la *unidad*; y esta sirve de fundamento á los otros dos, *verdad y bondad*; ¿Cual sea, pues, y en que consista la unidad social, la verdad y la bondad? Veo aquí tres cuestiones del mas alto interés, de cuya resolucion depende la que nos hemos propuesto. Sea la lógica nuestra guia

Unidad social. Uno en general se dice todoaquello que en sí es íntegro é indiviso: por manera que la integridad y la indivisibilidad constituyen la unidad, que aplicada de diversos modos á las varias clases de los seres, forma las diferentes especies de unidad, que sería superfluo enumerar en nuestro asunto. Para él es suficiente advertir, que la unidad social de que tratamos

no puede consistir (como la del individuo) en la absoluta *indivisibilidad numérica*, y restriccion de la naturaleza en una sola persona, ni en la comunicacion y participacion de ella en muchas, como en las especies y géneros; sino que tiene, por decirlo así, un medio entre ambas, ó mejor dicho, es de otro orden; aquellas son físicas, esta es moral: se funda, es verdad, en la naturaleza; pero no basta ella sola: supone la identidad física, pero requiere además la identidad moral. Porque ¿que otra cosa es la unidad social sino la unidad de fin á que todos los miembros que componen la sociedad se deben encaminar, y la unidad de plan bajo el cual deben dirigirse á su consecucion? Este fin es el bien procomunal: estos medios son el objeto único á que han de dictarse leyes, pero sábias, pero justas, pero previsoras, esto es, verdaderas leyes.

¿Y será asequible esta unidad moral sin la conformidad de voluntades de los hombres que forman la sociedad? ¿No es cabalmente ella en la que consiste? Conque todo lo que la ataque todo lo que la destruya directamente, ó indirectamente, por el mismo hecho ataca y destruye de igual modo la unidad social, es decir, que arruina á la asociacion nada menos que en su propia esencia, corroyendo su cimiento.

Parémonos aquí un instante á reflexionar que clase de bienes son los que forman el anhelo del corazón de los hombres: que intereses son los únicos que pueden ligar sus voluntades para afianzar el lazo social, para estrechar el vínculo que los une, y hacer de todos ellos un solo cuerpo vigoroso y lleno de vida, que atraviese por entre las vicisitudes del tiempo y al través de las generaciones sin marchitarse, ni caducar. Estos bienes se reducen á dos grandes clases, los materiales y los espirituales, los del cuerpo y los del alma. Quítese á este todo ó alguna de las partes que constituyen su unidad, y desde luego flaqueará por lo menos su firmeza; si no se precipita, si no se desploma al momento, no es porque todavía tenga estabilidad; á la manera que un edificio, aun despues de rota la clave que

lo remataba se suele sostener un poco de tiempo, en virtud ya solo de la trabazon antes adquirida; pero su duracion es corta, y en breve empieza á vacilar: así el edificio social perdida ó menoscabada en gran parte su unidad, rotos los vínculos que coadunaban á las voluntades en la asecurion de los bienes ya materiales, ya espirituales, se mantiene algun tanto, pero vacilante, pero amenazando ruina.

¿Y como negar que la unidad de bienes espirituales la forma principalmente la unidad de religion? Porque si bien es verdad que hay otros bienes espirituales que no vienen directamente de la religion, como son las ciencias; pero esto en manera ninguna estorba que ella sea la fuente y origen del mayor número y de los de mas alta dignidad y que afectan mas fuertemente al corazón humano. Destruir, pues el vínculo de la unidad de religion, es debilitar sobre manera el de la unidad social; reduciéndola al que suministran los bienes materiales; el cual, además de ser muy débil en sí mismo y demaciado expuesto á terribles convulsiones, es del todo insuficiente para mantener el equilibrio social, quitada la unidad de religion.

Permítasenos explanar un poco mas esta observacion. Los intereses materiales son para el hombre un objeto que nunca lo sacia y que mientras mas lo posee menos lo llena: de aquí un ahinco cada vez mayor, la fuerza con que se dirige á el, crece á medida que progresa. Si se presenta un obstáculo que impida sus ensanches, lo repele de sí cuanto mas puede; pongamos, pues, lo que es muy frecuente, que los intereses materiales de los individuos que componen una sociedad entran en pugna y se chocan fuertemente los unos con los otros. ¿Que sucederá en este caso? ¡Ah! ¡cuan diversa será la suerte de una sociedad que vincula su unidad en la verdadera religion, y la de aquella que únicamente la cifra en los bienes materiales! La primera verá impasible aquel choque de intereses que secundariamente unen á sus miembros: presto la religion arreglará sus diferencias, marcará el límite á cada cual, y todo seguirá

tranquilo: mientras la segunda, envuelta en una pugna intestina, dilaceradas sus entrañas, dislocados sus huesos, y disuelta su unidad, privada además del bálsamo único que pudiera cicatrizar sus llagas y volverla á la vida, presentará el mas triste y lamentable cuadro. Sus miembros sentirán su fin antes que fenezcan; se estremecerán y empezarán á morir antes que mueran. La sociedad misma mirará atónita á todas partes sin alcanzar á descubrir el remedio de su ruina. Todos buscarán en ella un abrigo contra los males, y ella para nadie bastará, pero no bastará para sí sola.

Esto es horroroso; pero ello es la consecuencia indeclinable de los principios ya sentados. El caso es muy factible, y si no se ha verificado en toda su plenitud y con todas sus funestas y espantosas trascendencias, es porque mal que les pese á los indiferentistas, no ha existido hasta aquí, ni existirá jamás una sociedad indiferente á toda religion, ó atea por principios.

Dije tambien que el vínculo de intereses materiales es insuficiente para mantener el equilibrio social en una sociedad *tolerante*; es decir, sin unidad de Religion: y en efecto es así. Para percibir esto con claridad; es preciso demos una rápida ojeada á la naturaleza de las verdades religiosas, segun que afectan á nuestro ánimo: esta es tal, que todo el que no esté amortiguado por el veneno del materialismo ni del indiferentismo, no podrá menos de conmoverse fuertemente por ellas. Consideremos á una familia compuesta de personas de diferentes religiones; el padre, por ejemplo, luterano, la madre católica, el hijo calvinista, la hija anabaptista, y así los demas. ¿Será creible que reine la paz en ella? La muger, penetrada de las terribles verdades del Catolicismo, ¿podrá ver indiferente la ruina eterna de las prendas que mas ama? ¿El padre estará de acuerdo con el hijo opinando diametralmente opuestos en puntos tan capitales? ¿La hija obedecerá pronta y gustosa á sus padres, á quienes considera como enemigos mortales de su religion? Oh! qué monstruo seria esta familia! Pero pregunto, ¿es por ventura

otra la imágen de una *sociedad tolerante* al modo que se quiere en nuestros dias? En una palabra, reasumiendo todo lo dicho sobre la unidad social, ésta exige esencialmente la indivisibilidad, y la tolerancia de religiones es un gérmen fecundo de division: la unidad social se funda en la conformidad de voluntades; la tolerancia religiosa la destruye en su parte principal: la unidad social es el vínculo de la paz doméstica y civil: la tolerancia religiosa es origen de la discordia civil y doméstica: la unidad social equilibra los intereses de todos y proporciona su adelanto; la tolerancia religiosa los pone en conflagracion y los arruina. ¡Bello por cierto es el medio que han escogitado los señores del *Progreso* para trasformar las sociedades en campo de batalla!

Mas para decir verdad, una *sociedad tolerante* en el sentido antes dicho, es lo mismo que una *sociedad atea*. Podrá parecer tal vez exagerado este concepto; pongámoslo en buena luz. Una sociedad se dice tolerante cuando ni repugna, ni profesa religion alguna determinada; ella deja á todos sus miembros en la absoluta libertad de elegir y profesar la que mas les agrade, ó lo que mejor les convenga; á no ser acaso, dicen los mas moderados defensores de la tolerancia, que sea opuesta á los principios del derecho natural que miran á la conservacion del orden público. ¿Cual es, pues, en este caso la religion de la sociedad? ¿La religion natural, ó la religion revelada; cuál de las dos? porque fuera de estas, es manifesto que no hay ni puede haber otra. ¿Se dirá acaso que su religion es la puramente natural. Pero en tal caso sería una *sociedad deista*, lo cual es una quimera. Porque ¿dónde existe esa religion puramente natural, sino es en los cerebros de unos cuantos pseudofilósofos que comienzan por no observar sus preceptos? Pero pregunto, ¿qué culto sería el que esa sociedad deista tributaria al Ser Supremo? ¿Sería por ventura el puramente interno é invisible que consta de solo el corazon y el espíritu? Pero la sociedad no es invisible, ni sus actos son internos é invisibles, ni aun su jurisdiccion se

estiendo á ellos por no estar á su alcance. ¿Y cual sería ese espíritu de que procedieran esos actos? ¡Ojalá y tuviéramos una sociedad como la de los fieles, que tenia solo un corazón y una alma! Pero esto es obra exclusiva de la Religión de Jesucristo; mas hoy en la nuestra, este espíritu no podría ser otro sino el de vértigo. Además, aun contando con la posibilidad de esto, tal culto no sería ni público ni solemne como lo prescribe la misma religión natural.

Con que será preciso que la dicha sociedad tolerante tenga alguna de las religiones, ó que se dicen ó que son verdaderamente reveladas (entre las cuales solo una puede ser la verdadera, aunque varias retienen alguna parte del depósito de la revelación.) Pero ¿cómo abrazar á una determinada si es tolerante, esto es, si ninguna prohíbe ni prescribe? ¿Pues las tendrá todas? Pero esto es absurdo, porque ellas envuelven doctrinas contradictorias, se destruyen mutuamente. Luego ninguna tendría: luego es atea la decantada sociedad tolerante. Y si esto envuelve una repugnancia manifiesta, como Plutarco asegura, diciendo: que es mas factible una ciudad edificada en el aire, que una sociedad sin religión; se infiere en todo rigor lógico: que tal sociedad es quimérica: y por lo mismo que carece de *verdad* y *bondad* metafísica anexa á la naturaleza de todo ser.

Dirá álguien: todo está muy bien; pero el hecho es, que existen tales sociedades, y que ellas no solo existen, sino que adelantan y florecen. El argumento parece invencible al primer golpe de vista; pero mirado despacio, fácilmente se advierte que claudica. Es una manifiesta equivocación en la que se incurre cuando al juzgar de los efectos, solo se miran los hechos próximos, sin atender á todo el conjunto de lo que les ha precedido y de lo que les ha seguido; y por esto la verdadera filosofía de la historia no falla desde luego sobre los acontecimientos que se le presentan, si no que aguarda con calma á ver todos sus resultados: trae á su presencia la serie de los hechos tomándo-

los desde su origen: los pesa en la balanza de la verdad: examina sus relaciones mas ocultas: pulsa con un tacto finísimo las circunstancias que tal vez parecerian mas insignificantes; pues de ellas acaso depende el acierto de la explicación: por último, no pierde de vista un solo punto ni un solo rasgo de cuantos pueden cambiar el aspecto del cuadro, que considera detenidamente bajo todos sus respectos: entonces pronuncia definitivamente su juicio, y éste es acertado. Para este exámen siempre se ha menester el transcurso del tiempo, y á veces de un tiempo demasiado largo: basta haber leído el discurso del Sr. Bossuet sobre la historia universal, para cerciorarse plenamente de esta verdad; cualquiera que reflexione en él sobre la dependencia mutua de los hechos, el enlace muchas veces oculto y las relaciones secretas de las causas que concurrieron á producirlos, verá cuanto tiempo se necesitó para su desarrollo; por cuantas generaciones se fueron filtrando las ideas y los principios ó de vida ó de muerte, que al cabo de siglos ensalzaron ó arruinaron á los pueblos. La brevedad que me he propuesto no da lugar á ilustrar esta doctrina con ejemplos; pero de todos modos ella nos amonesta que seamos muy cautos en el fallo acerca de los hechos, y que no atribuyamos el estado actual de una nación á solo las doctrinas que á la vez reinan en ella, ni á las instituciones que en el acto profesa, sino que levantemos nuestra vista á causas mas altas; que nos remontemos á los tiempos antiguos; que inspeccionemos despacio las doctrinas y las instituciones que precedieron; y que escuchemos atentos la voz de la sana filosofía acerca de ellas: y hasta tanto que este exámen no se haya concluido, suspendamos el juicio.

Ved aquí ya el equívoco sobre que elabora la objeción: ella da por causa de la prosperidad actual de algunos países la tolerancia religiosa, confundiendo la causalidad con la coexistencia, sin advertir que los males y los bienes pueden también existir juntos siempre que proceden de diversas causas. ¡Cuan monstruosamente erraría el que viendo que el armonioso conjunto del u-

niverso anda junto con los desarreglos de los hombres, con sus fantásticas teorías, que se precipitan las unas tras las otras, y se aglomeran á las puertas del olvido cual allá las sombras que nos describe Virgilio, atribúyese aquellos bienes á estos males! Si hablamos de los países europeos [lo mismo debe decirse de las colonias europeas, por ejemplo, los Estados Unidos] en que existe la tolerancia religiosa, ésta ha sobrevenido en varios de ellos despues de una muy larga y pacífica posesion del Catolicismo, el cual estaba ya inoculado é ingerido en las venas de esas sociedades: así es que todavía despues de los terribles vaivenes que sacudieron y aun sacuden á esas mismas sociedades, él no cesa de ejercer su poderoso y vivificador influjo, no cesa de obrar ocultamente en el corazon de la sociedad y de producir felices resultados; los cuales, no porque algunos de los *espíritus fuertes* del siglo lo nieguen, dejarán de reconocer por causa y por principio fontal solo al Catolicismo. Un simil esclarecerá la explicacion. Supóngase un campo que por largos años ha estado cubierto de aguas saludables; en virtud de esto sus tierras se han impregnado de cuanto podia contribuir á una exuberante fecundidad: los diversos aluviones han depositado en su seno las lamas mas pingües: la permanencia de las aguas ha extinguido toda clase de sabandijas que pudieran perjudicar á los sembrados y á las mieses: una mano diestra y perita en la agricultura ha sabido conducir y proporcionar todas las cosas á la mayor fertilidad de aquel campo. En este estado de cosas, y cuando el campo debia dar las mas abundantes cosechas, viene un agricultor novicio á improvisar teorías, tal vez ridículas y absurdas, que él ha concebido en su extravagante y acalorada fantasía; las ejecuta, y el campo produce bastantes frutos, pero mezclados muchos de mala calidad. ¿Pregunto: á quien se deben atribuir de justicia estos frutos, al agricultor atolondrado que plantó allí sus teorías vanas, ó al que preparó sábiamente el campo de antemano? Todo el que tenga sentido comun, conocerá que no á otro sino al que preparó las tierras.

Pregunto de nuevo: y ¿quién es responsable de la mala calidad de los frutos? Nadie mas que el desatinado labrador. Pues ved aquí, Señores, lo que sucede en nuestro caso. El catolicismo trabajó solo en desmontar la selva de la gentilidad: él domó con su mansedumbre á las naciones bárbaras: él dió corazon de hombre á aquellas fieras: él suavizó las costumbres de todos los pueblos: él corrigió sus códigos y legislaciones y las amoldó á la justicia: él formó la conciencia pública: él ennoblecíó á la muger degradada: él abolió la esclavitud; él fué la nave única que salvó á las ciencias en el naufragio universal: él hizo renacer á las sociedades modernas llenas de vigor y lozanía de entre los montones de ruinas hacinadas de las antiguas por la irrupcion: él... lo diré de una vez; él solo lo hizo todo, empezó y continua su obra. Y cuando todo está hecho, viene el indiferentismo y tolerantismo religioso á plantear sus quiméricas teorías; y de pié y con ademan altivo contempla á la mísera sociedad que invadió, y dice sonriéndose; he ahí mis frutos: á mí deben los hombres las garantías sociales; á mí la libertad; á mí la civilizacion; á mí me son deudores de su dignidad y de todo.

¿Con qué tú lo eres todo y el catolicismo nada? Pero dime, tolerantismo, ¿donde estabas tú cuando el catolicismo zanjaba los cimientos de esa sociedad que tú despedazas? ¿Donde, cuando él encendia en medio de la noche mas tenebrosa para los pueblos el fanal de la civilizacion? ¿Donde te ocultabas cuando él trazaba con mano sábia el plan, calculaba los medios y llevaba al cabo la obra de la abolicion de la esclavitud? ¿Donde residiais cuando él fijaba con toda precision y exsactitud los deberes y los derechos de los hombres? Si en nada de esto tuviste parte, si entónces ni aun existias, deja ¡oh tolerantismo! de jactarte de lo ageno; deja de alegarnos los méritos de otro; deja de vestirte como el grajo, de plumage prestado, para no verte en la vergüenza del despojo; deja al catolicismo solo: él sin tu ayuda empezó la obra, y sin ella la concluirá.